

democracia rusa y europea. Muy exactamente estudiados todos los pormenores de la capitulación de Brest-Litovsk y del asesinato de la familia imperial, la voluntad de Lenin de desatar la guerra civil en Rusia y sus provocaciones para conseguirlo, su transformación del partido en máquina de represión preventiva y los métodos de que se valió para "fabricarse" un sucesor a su medida en la persona de Stalin. Todo ello, agregado a su pedantería incurable de seudointelectual y a su odio por todo aquello que se destacara, por levemente que fuese, de los más lastimosos niveles de mediocridad, nos entrega una base, acabadamente documentada, para descubrir las causas de la singular "realización del socialismo" todavía en curso en el área dominada por el "humanismo marxista-leninista".

Con esta obra ejemplar, y la de George Katkov: *Russia 1917. The February Revolution*, Longmans, Londres, 1967, el estudioso dispone ahora de los instrumentos más eficaces para apreciar en todos sus alcances la naturaleza del drama en que Rusia y el mundo se debaten desde el derrocamiento de los Romanov y a consecuencia de este acontecimiento, que yo considero como el acontecimiento fundamental del siglo XX. Con lo cual me declaro ampliamente satisfecho, en razón de esta doble confirmación, de la tarea de "soviólogo" cumplida por mí desde mi *Historia de la Rusia Contemporánea* hasta la presente crónica de la *Sagrada Familia*.

Mendoza, 14 de octubre de 1970.

A. F.

LA OBRA HISTORIOGRAFICA DE BOSSUET

I — Introducción

Posiblemente, a primera vista, pueda parecer que poca es la importancia que tiene, para los estudiosos de nuestra época, el conocimiento de la figura de Jacobo Benigno Bossuet, de su trayectoria intelectual, del contenido de su pensamiento. Sobre todo por tratarse de un hombre que fundamentalmente no hace sino adecuar a su época, pleno siglo XVII, una corriente histórico-filosófica ya perfectamente esbozada en los finales del mundo antiguo y desarrollada luego a lo largo del medioevo. Sin embargo, creemos que Bossuet representa un hito importante en la historia del pensamiento, del pensamiento histórico en especial.

Quizás nadie haya comprendido y expresado tan bien esto como Paul Hazard: "La mayoría de los franceses pensaban como Bossuet, los franceses piensan como Voltaire: es una revolución"¹.

Bossuet representa, pues, un momento límite dentro de un proceso que lleva a una revolución. Es el último gran exponente del pensamiento que nutre a la época anterior a la revolución. Justamente, lo novedoso, lo verdaderamente original en Bossuet, haya sido quizás, mantener con altura y dignidad, en pleno siglo XVII, en pleno avance del racionalismo, en medio de esa época de "crisis de la conciencia europea", una actitud y una manera de pensar, una posición histórica, francamente opuestas a las formas y actitudes que desembocarían en la "Ilustración". No creamos que por ello es Bossuet un hombre fuera de su época. Por el contrario, él es en gran medida hijo de esa época racionalista a cuyo influjo no puede escapar; pero, sin embargo, es a la vez el último representante de la línea agustiniana, es el defensor apasionado de una interpretación cristiana de la vida y de la historia, a despecho de la "revolución", aparentemente latente, pero ya en pleno desarrollo. El siglo XVIII lo demuestra. Bossuet representará ahora lo caduco, y, sin embargo, dejará un intento y una obra tales, que serán en gran medida respetadas aún por sus mismos opositores, tal es el caso de Voltaire.

Nos interesa en este trabajo el pensamiento histórico y la obra de carácter historiográfico de Bossuet. Sin embargo, hemos creído necesario dedicar algunas líneas a la época histórica en que vivió y al momento cultural en que desarrolló su obra. Nos referiremos también, brevemente, a su vida y a su obra en general con el objeto de que adquiriera mayor sentido el tema que nos interesa. El objeto es, pues, ver la obra historiográfica de Bossuet, pero dentro de su obra en general, y ésta en relación con el marco histórico y cultural en que vivió.

1. HAZARD, PAUL, *La crisis de la conciencia europea*, Traducción de Julián Marías, Madrid, Pegaso, 1952.

II — El momento histórico y cultural

Bossuet es un francés del siglo XVII. Para ubicarlo, pues, en su contorno histórico, debemos referirlo a un país: Francia, y a una época concreta: el siglo XVII. Y el hablar de Francia y de este siglo nos lleva inmediatamente a una figura que los impregna totalmente: Luis XIV.

Es frecuente hablar del “siglo de Luis XIV”. Sin duda, como señala Barrière, “es abusivo, resumir una época tan compleja en un solo personaje cuya acción se inicia en 1660 y que, aunque no muere sino en 1715, es decir en el siglo XVIII, después de largos años ve esa acción muy debilitada, en todo caso muy discutida y combatida”². Y, sin embargo, el mismo Barrière lo reconoce, “lo que puede decirse a pesar de todo es que Luis XIV domina todo el siglo XVII”³. En la primera parte del siglo, las obras de Richelieu y Mazarino no son sino la preparación para el advenimiento del “Rey Sol”. Todo, en el gobierno de aquéllos, va dirigido hacia la concreción de sus ideales en el gobierno personal del monarca. Richelieu y Mazarino son los restauradores del poder absoluto. Luis XIV será “el poder absoluto”, y Bossuet, el gran teórico de ese poder.

Tratemos de analizar rápidamente cuáles fueron las características principales del gobierno y la época de Luis XIV. En lo político, significó la culminación de la aplicación del régimen de monarquía absoluta. Ya lo hemos dicho y no hay lugar a dudas: el gobierno de Luis XIV fue autoritario y fuerte. Y sin embargo, no fue resistido por los franceses, que vieron en el gobierno personal del rey la solución a sus problemas, y sobre todo, la posibilidad de alcanzar una paz y una tranquilidad que Francia ansiaba desde hacía años. Dice Bainville: “El largo reinado de Luis XIV —más de medio siglo—, que no comienza en realidad sino a la muerte de Mazarino, tiene un rasgo principal dominante: una tranquilidad completa en el interior. En adelante y hasta 1789, es decir, durante ciento treinta años, cuatro generaciones humanas, se habrán acabado aquéllos desórdenes, aquellas sediciones, aquellas guerras civiles, cuyo incesante retorno desola hasta entonces a nuestra historia. Aquella calma prolongada, unida a la ausencia de las invasiones, explica el alto grado de civilización y de riqueza a que llegó Francia. El orden en el interior, la seguridad en el exterior: tales son las condiciones ideales de la prosperidad”⁴.

Paz y prosperidad constituyen la primera característica de la época. Y ello fue reconocido con toda justicia por el mismo Voltaire en su *El Siglo de Luis XIV*, donde apenas disimula su apasionada admiración por el rey y su época.

Esta paz, esta tranquilidad interna que la monarquía absoluta ha traído a Francia, se ve fortalecida por la prosperidad económica que el régimen consigue.

2. BARRIERE, PIERRE, *La vida intelectual en Francia desde el siglo XVI hasta la época contemporánea*, traducción de José López Pérez, México, Unión Tipográfica Editorial Hispano - americana, 1963, p. 90.

3. *Ibidem*, p. 90.

4. BAINVILLE, J., *Historia de Francia*, traducción de J. Farrán y Mayoral, Barcelona, Editorial Iberia, 1950, p. 165.

Es evidente que “bajo el impulso de Colbert, Francia se enriquece”⁵. La especial aplicación que del régimen mercantilista hizo el gran ministro de Luis XIV. le llevó a asegurar un acrecentamiento de la producción mediante el establecimiento de manufacturas, industrias, perfectamente reglamentadas y protegidas por las leyes que controlaban las cada vez más escasas importaciones.

Al orden y a la tranquilidad se une, pues, una situación económica floreciente que neutraliza cualquier tipo de malestar social. La particular perspicacia política del rey, además, le hizo aprovechar a las diferentes clases que componían la estructura social de la época, al servicio de los fines del estado. Mientras la nobleza, siempre levantisca y obstaculizadora del poder real, era reducida a un papel casi exclusivamente decorativo en Versalles, la burguesía, a cambio de su propio enriquecimiento, colaboró con la política económica del gobierno e incluso será en ella donde Luis XIV reclutará a sus principales colaboradores.

Pero la política de Luis XIV no es localista, no se limita a sus fines estrictamente interiores. Por el contrario, el rey luchará por lograr el predominio francés en Europa. Para ello capitalizará la labor previa de Richelieu y Mazarino que prácticamente habían logrado el hundimiento del poder de los Austrias en Europa. Luis XIV ve como su misión en lo que hace a política exterior, adquirir nuevas fronteras y apuntalar el liderazgo francés. Paralelamente a este proceso, y con más éxito, se realizará una labor de predominio en el orden cultural. Al respecto señala Vicens Vives: “Francia quería y podía imponerse. Europa se dejaba ganar poco a poco por su espíritu y su cultura, y Luis XIV contaba con recursos económicos y militares suficientes para intentar completar en el aspecto político internacional los progresos del afrancesamiento del continente. El gran proyecto de la época de Luis XIV fue estructurar Europa, despojada de la tutela de los Austrias bajo la jerarquía soberana de los Borbones”⁶.

Producto de este afán de predominio son las largas luchas que Francia mantiene durante todo el siglo XVII. El resultado, a la postre, no será demasiado exitoso. La coalición general europea y, sobre todo, la persistente acción inglesa lo impedirán. Y, sin embargo, “si Luis XIV no consigue la realización de sus aspiraciones máximas en el terreno político militar, en cambio es evidente y clamoroso el triunfo de Francia en el aspecto cultural. La época de Luis XIV prelude el afrancesamiento de Europa durante el siglo XVIII”⁷.

El reinado de Luis XIV coincide, pues, con un momento de gran apogeo de la cultura francesa que va a ser, además, el principal y más eficaz recurso de predominio europeo. Versalles es el gran símbolo de toda esa cultura y a él alude el historiador francés Bainville: “Versalles simboliza una civilización que ha sido durante largos años la civilización europea, pues nuestro adelanto respecto a los demás países era considerable, y nuestro ascendiente político ayudaba a difundir nuestra lengua y nuestras artes. Las generaciones siguientes heredarán del capital material y moral

5. SAULNIER, V.-L., *La Literatura francesa del siglo clásico*, Traducción de Ernesto Schou, Bs. As., Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1968, p. 8.

6. VICENS VIVES, J., *Historia General Moderna*, T. 1., Barcelona, Montaner y Simón, 1966, p. 344.

7. *Ibidem*, p. 344.

que fue amasado entonces, hasta la Revolución heredaré de él, y hallará todavía una Europa a la que un hombre del siglo XVIII, un extranjero, el italiano Caraccioli, llamaba "la Europa francesa"⁸. "Hoy ya no puede presentarse más al gran siglo con la fachada rectilínea, escolar y tediosa que durante largo tiempo lo resumió"⁹, dice Saulnier, y en realidad esto es así en todos los órdenes y especialmente en el de la cultura.

No, evidentemente no es un siglo culturalmente uniforme. Un siglo es un período demasiado largo, hay en él una sucesión de diferentes generaciones de hombres. Así, el aludido historiador de la literatura francesa¹⁰, distingue cinco generaciones diferentes en el siglo XVII francés:

- 1— La generación de Richelieu o de los constituyentes. Malherbe, Balzac, Descartes, son sus nombres más representativos.
- 2— La generación de Mazarino, donde predomina sobre todos la figura de Corneille.
- 3— La generación de Pascal, a cuya época pertenecen también la Rochefoucauld, Molière, La Fontaine y nuestro Bossuet.
- 4— La generación de Versalles, con Boileau y Racine.
- 5— Finalmente, la generación de Fontenelle, con La Bruyère, Fenelon y Bayle.

Pero la larga extensión cronológica de la época conocida como "gran siglo" o "Siglo de Luis XIV", con la existencia de diferentes generaciones que en él se alternan, no es la única razón que nos lleva a intentar destruir la imagen de homogeneidad con que a veces se lo ha pretendido caracterizar. Hay otra razón: el siglo XVII presenta un trasfondo ideológico de tensiones, de corrientes en pugna. Son sobre todo dos las corrientes que se enfrentan: una, la oficial, la justificadora del orden que trata además de conservar los valores tradicionales y religiosos. De ella será Bossuet su gran representante. La otra, la que se conecta con los nuevos valores que ya apuntaban en el Renacimiento, la del racionalismo cuya gran figura es Descartes y que se proyectará exagerado y casi deformado en la Ilustración del siglo XVIII, pasando por Pierre Bayle en las postrimerías del XVII. Esto, la existencia de dos corrientes en pugna, una que crece y otra que pierde vigencia es lo que ha llevado a Ezequiel César Ortega a caracterizar al XVII como un siglo "bifronte"¹¹.

En la generación de Pascal, que es también la de Bossuet, las tensiones se verifican a través de las "querrelas del pensamiento"¹² en las que el aristotelismo oficial se enfrenta con el cartesianismo, la religión con el materialismo de un Gasen... Inclusive los mismos católicos se enfrentan entre sí por divergencias ideológicas y aún teológicas. Bossuet tomará siempre un papel preponderante en estas polémicas. En ellas asumirá siempre la defensa de la posición tradicional y ortodoxa

8. BAINVILLE, op. cit., p. 188.

9. SAULNIER, op. cit., pp. 17-18.

10. Ibidem.

11. ORTEGA, EZEQUIEL CESAR, *La filosofía de la historia de Bossuet y las escuelas eruditas del siglo XVII*, Trabajos y comunicaciones, N. 4, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de La Plata, 1954, pp. 143-186.

12. SAULNIER, op. cit. p. 75.

frente al avance que hace la heterodoxia a través del jansenismo y el quietismo. Recordemos al respecto su famoso enfrentamiento con Fenelon. Otro factor de disidencia: la sombra de la actitud anglicana del soberano y muchos de sus colaboradores —el mismo Bossuet en algún momento— que estuvo a punto de provocar una ruptura con la Iglesia de Roma.

Estos ejemplos nos impiden seguir insistiendo en el concepto de uniformidad del siglo XVII. Por el contrario, reiterando el término de Ortega, se trata de un siglo "bifronte", pero donde una de las corrientes va perdiendo terreno hasta que, en las postrimerías del siglo, la corriente nueva, la racionalista, va a predominar. Esto es especialmente evidente cuando está en plena vigencia la última de las generaciones antes enumeradas, la de Fontenelle, a la que también podríamos llamar de Pierre Bayle. Bayle es el puente hacia el siglo XVIII, la figura más representativa de ese fin de siglo en que predomina y se hace patente "la crisis de la conciencia europea", en la que tanto insiste Hazard.

Ya está en marcha el ataque a la "ciudad de Dios" y a los valores tradicionales que sostienen a esa sociedad cristiana. Sólo se aceptan los principios con los que se construirá "la ciudad de los hombres" en la que no tiene cabida Bossuet. Ahora sí es el momento de Voltaire.

III — Vida y obras de Bossuet

Jacobo Benigno Bossuet nació en Dijón en 1627. Después de recibir una sólida formación intelectual en el colegio de Navarra, se ordenó sacerdote y comenzó su prolífica labor como orador sagrado, como polemista y como escritor. Esas son las facetas de su recia personalidad y las obras que poco a poco surgirán de su pluma serán respuesta a cada una de ellas.

Se destaca primero como gran orador en la ciudad protestante de Metz (1652-1659) y más tarde en París (1659-1670). De esta primera etapa de su vida son sus primeros sermones: *Sobre la Providencia*; *De la dignidad de los pobres*; *Sobre la muerte*. También pertenecen a esta época sus primeras *Oraciones fúnebres*. Inaugura con ellas un género nuevo. Al tema de la muerte, que desarrolla a través del elogio del muerto, une siempre una finalidad didáctica: extraer una enseñanza útil para la actualidad. En cuanto a estilo, en cuanto a puros valores literarios, las *Oraciones* son consideradas como sus obras más importantes. Entre ellas se destaca, sin duda, la *Oración fúnebre a Enriqueta María de Francia, reina de Inglaterra*, pronunciada en 1669 en la Iglesia de Santa María de Chailot, en presencia de toda la Corte de Francia.

Bossuet es en 1669 obispo de Condom, pero bien pronto debe renunciar a ese cargo. Sus sermones y sus elogios fúnebres han llamado la atención de toda Francia, y sobre todo de Luis XIV, quien no tarda en llamarlo a su lado. Entre 1670 y 1682, Bossuet vive su período de Corte. Será sucesivamente preceptor del Delfín, académico y Jefe de la Iglesia de Francia. Si bien Bossuet es un hombre que actúa en la Corte de Luis XIV, como señala Saulnier "no tiene nada de un abate de corte, de un cortesano sometido a los caprichos del amo: sabe fustigar las licencias de la propia vida del rey"¹³. Monárquico convencido, admirador del rey, pero consciente

13. SAULNIER, op. cit., pp. 106-107.

de su obligación de enseñar a hombres y príncipes, no vacila en hacerlo con el mismo soberano.

De esta época son dos de sus obras más significativas: *Discours sur l'histoire universelle* y *Politique tirée des propres paroles de L'Écriture Sainte*. Ambas escritas para la instrucción del Delfín. La primera es quizás su obra más importante desde un punto de vista historiográfico. Será por ello analizada luego especialmente. La segunda, la *Política*, es una obra de carácter político pero que se complementa con la primera, ya que ambas persiguen una misma finalidad: demostrar el gobierno de la Providencia: Dios gobierna a los hombres y a los estados de una manera especial e ineludible. Por su temática relacionada directamente con la historia, dedicaremos unas líneas al sentido y al contenido de esta obra.

Bossuet vive un momento histórico-político especial. El espectáculo de la monarquía absoluta encarnada en un gran rey lo fascina. Ve en el orden político de Luis XIV casi la imagen de la majestad divina. Decide entonces escribir la *Política* para instruir al Delfín de Francia, quien debía ser digno heredero y continuador de la obra de su padre, y completar, de esa forma, la tesis que expondrá en el *Discurso*: Dios es quien maneja, en la historia, a los hombres y a los pueblos. Dios ha destinado al pueblo de Francia para recibir los beneficios de quien es, prácticamente, su representante en la tierra. La monarquía de Luis XIV se entronca con el mismo Carlomagno, quien, a su vez, aparece en el *Discurso* como el heredero natural del gran Imperio de Occidente.

Bossuet, como teorizador del absolutismo, no encarará una tarea totalmente nueva. Ya Bodin en el siglo XVI había trazado las grandes líneas de la monarquía absoluta. Ya el mismo Bossuet conocía a *De Cive* y *De corpore politico* de Hobbes, las que, traducidas, circulaban ya por Francia. Pero Bossuet apelará para justificar a la monarquía a la teoría del "origen divino", valiéndose para ello de las palabras de las *Santas Escrituras*. En ellas encontrará la justificación de ese orden que lo ha deslumbrado.

Vemos, pues, que esta obra de Bossuet está estrechamente ligada al contexto histórico en que vivió el autor. Dice Chevalier: "Esta expansión de la monarquía absoluta de derecho divino, bajo Luis XIV se tradujo en la historia de las ideas políticas por la obra que Bossuet sacó "de las propias palabras de la Santa Escritura" para instrucción del Delfín, su alumno"¹⁴.

El principio fundamental de su tesis es que el origen del poder no se halla en el pueblo. Hay que buscarlo más alto: está en Dios mismo. Los poderes humanos no son sino encarnaciones del poder divino y sólo por ello alcanzan su legitimación. A pesar de que todos los gobiernos reconocen ese mismo origen, y son por lo tanto legítimos, Bossuet se muestra totalmente adherido a la monarquía, a la que considera como la mejor, más antigua y natural forma de gobierno. Al análisis de ella, a señalar sus caracteres, dedica pues Bossuet esta obra, recurriendo siempre —como hemos dicho— a los textos sagrados, cuyas palabras maneja con enorme talento.

14. CHEVALIER, JEAN-JACQUES, *Los grandes textos políticos desde Maquiavelo a nuestros días* traducción de Antonio Rodríguez Huescar, Madrid, Aguilar, 1965, p. 71.

La Política sacada de las propias palabras de las Sagradas Escrituras es la última gran obra de apoyo al absolutismo en el siglo XVII. Luego también la crisis alcanzará a la esfera del pensamiento político. La justificación teológica que del poder hace Bossuet ya no tendrá vigencia en el mundo de las nuevas ideas, donde tampoco tendrá cabida la monarquía absoluta, ya que no puede denominarse como tal al extraño engendro llamado despotismo ilustrado. Es que, como dice Chevalier, "los hermosos días de los reyes absolutos están contados para lo sucesivo. Lo que fue tan célebre, tan admirado por espíritus de primer rango, suscitará muy pronto los más violentos odios; cesará inclusive, un día de ser comprendido. Con los años 1680 va a comenzar el asalto sistemático de los pensadores contra el absolutismo. Desencadenado por Inglaterra y por el protestantismo en peligro, tomará un aspecto multiforme en Francia, desde la Regencia hasta la víspera misma de la Revolución. Cuatro nombres principales, como se sabe, a los cuales corresponden obras memorables, jalonan este recorrido histórico, a lo largo de todo un siglo: Locke, Montesquieu, Rousseau, Sieyès"¹⁵.

Los primeros seis libros de la *Política*, los escribe Bossuet en 1679. Posteriormente agrega a ellos cuatro más.

El *Discurso* es de 1681, el mismo año en que fue nombrado obispo de Meaux. Junto al manejo cuidadoso de su diócesis, vivirá Bossuet el último periodo de su vida librando batallas tremendas, a través de sus escritos, con todos aquellos que atacan los principios de su religión. Por ello se habla del "periodo polémico" de Bossuet¹⁶. Ataca a los ultramontanos, como jefe galicano, en su *Declaración del clero de Francia*. En esta polémica Bossuet tomará partido junto a su rey y frente a Roma, pero hará grandes esfuerzos por evitar los extremos y aplacar las iras del Vaticano.

Combate también apasionadamente, en esta época, a los protestantes. Para reforzar su posición apela nuevamente a la historia y surgirá, así, su segunda gran obra de carácter historiográfico: la *Historia de las variaciones de las Iglesias protestantes*, de 1688.

Contra la moral relajada y contra los estragos del teatro escribirá: *Máximas sobre la comedia* y el *Tratado de la concupiscencia*.

Quizás una de sus polémicas más espectaculares y virulentas es la que mantuvo contra Fenelon y contra el quietismo en este mismo periodo. De ella surgió su *Relación sobre el quietismo* (1698). Posteriormente, atacará a Richard Simon y a sus intentos de libre exégesis y también al pensamiento de Malebranche y Spinoza.

No hemos señalado sino las más importantes obras de Bossuet, las más trascendentales. El infatigable "águila de Meaux" dejó un cúmulo de sermones, oraciones, ensayos, escritos polémicos, reflexiones teológicas y filosóficas e incluso piezas líricas, fruto todo esto del trabajo constante en que vivió hasta su muerte ocurrida en 1704.

15. CHEVALIER, JEAN-JACQUES, op. cit. p. 85.

16. SAULNIER, op. cit. p. 109.

IV — El discurso sobre la Historia Universal

“El siglo XVII ha recibido, desde su mismo acaecer, diferentes denominaciones. Ellas giraron siempre en torno a sus matices de organización política. Nunca pudo llamársele, con razón, “siglo de la historia”¹⁷. Dentro de la historia de la historiografía, pues, no ocupa un lugar preponderante este siglo. Es que “el aspecto constructivo del pensamiento del siglo XVII se concentró en los problemas de las ciencias naturales, dejando a un lado los problemas históricos”¹⁸.

Fundamentalmente, este general desinterés por el conocimiento de la historia se debió a la primacía intelectual de Descartes, para cuyo sistema el conocimiento histórico escapaba totalmente a la posibilidad de convertirse en seguro e indubitable. Como dice Collingwood, “la historia no era en absoluto una rama del conocimiento”¹⁹, y es así por la misma imposibilidad de llegar a conocer al pasado. Este es el punto de partida del pirronismo o escepticismo histórico que tiene su origen en Descartes y que fuera luego exagerado por algunos de sus continuadores.

Esta es la actitud general del siglo XVII frente a la historia, pero, “en realidad el pirronismo de Descartes —señala Collingwood— no descorazonó a los historiadores”²⁰. A despecho de la falta de interés por la historia que encontramos en el siglo XVII, a despecho del escepticismo de Descartes, encontramos en esta época algunas creaciones que significaron un auténtico avance en el desarrollo de la ciencia histórica. Justamente, el escepticismo de cuño cartesiano va a ser aplicado en el tratamiento de las fuentes históricas. Los postulados metodológicos de Descartes se aplicarán a la investigación del pasado y surgirán dos escuelas muy importantes desde el punto de vista de la crítica histórica: la de los benedictinos de San Mauro, con Jean Mabillon a la cabeza, y la de los jesuitas del Padre Bolland. Ambas concentran sus esfuerzos en el tratamiento crítico erudito de las fuentes. Simultáneamente, junto a estos trabajos de gran significación metodológica, y también en oposición a los postulados generales de la filosofía de la época, aparecerá el *Discurso sobre la historia universal* de Bossuet, que tratará de rescatar, en pleno siglo XVII, un sentido teológico de la historia retomando, en gran medida, el pensamiento histórico del cristianismo medieval de raíz agustiniana.

Armado de ese aparato teológico-filosófico, Bossuet emprende su obra capital, su *Discurso*. Su intención primera es pedagógica: enseñar al Delfín de Francia. Pero, ¿qué valor da realmente a la historia? Autores como Mesnard²¹ han pretendido que Bossuet, fiel al espíritu anti-histórico del siglo, y pese a su marcada disposición a los estudios históricos, en el fondo, no tenía mayor respeto y simpatía por la historia. Sin embargo, coincidimos con Ezequiel César Ortega en que Bossuet sin desdeñar la pura erudición histórica, el puro conocimiento de la historia por sí misma, los encuentra carentes de sentido. Para él esos hechos rescatados y acumulados por los investigadores adquieren auténtica significación cuando se

17. ORTEGA, EZEQUIEL CESAR, op. cit., p. 156.

18. COLLINGWOOD, R. G., *Idea de la historia*, traducción de E. O'Gorman y J. Hernández Campos, México, Fondo de Cultura Económica, 1965, p. 65.

19. *Ibidem*, p. 65.

20. *Ibidem*, p. 68.

21. MESNARD, PIERRE, *L'esprit cartésien est-il compatible avec le sens de l'histoire en L'homme et l'histoire*, París, Presses Universitaires de France, 1952, pp. 273-280.

los enfoca a la luz del plan de la Providencia; la historia sí toma sentido cuando “la sabiduría de Dios providente la abarca, la explica, la predetermina y la revela. Todo cambia cuando la historia es mirada bajo tales aspectos: plena de sentido, se aclara. Entonces se convierte en la más maravillosa experiencia, aunque dolorosa y repetida; en el mejor ejemplo y advertencia. Enseña por sí sola”²².

Esa historia providencialista, reveladora de los designios divinos sí vale, vale y es útil. “Es el pasado —dice Baumann— como una antorcha capaz de rechazar de nuestras sendas inciertas, la densidad de las tinieblas”²³. La historia es útil, sobre todo, para los príncipes que encontrarán en ella sabias lecciones para su acción. Será también un eficaz freno contra la inmoralidad, una valla de contención para los aspectos más negativos de la personalidad humana. Toda la obra de Bossuet está teñida de este tono pragmático que lo aleja un tanto de las tendencias científicas de la historiografía del siglo XIX y lo acerca en cambio, a un Polibio, a un Maquiavelo:

“Aún cuando la historia fuese inútil para los demás hombres, importaría mucho que la leyeran los príncipes. No hay en verdad medio más adecuado de conocer cuánto pueden las pasiones y los intereses humanos, los tiempos y las circunstancias, los buenos y los malos consejos. Las acciones humanas forman el tejido de la historia, en la que todo parece dispuesto para el uso de los príncipes. Si para bien reinar le es indispensable la experiencia, nada hay más provechoso para su instrucción que el unir con los ejemplos de siglos pasados su experiencia de todos los días. Sin aventurar nada, forman su juicio en los sucesos pasados con el auxilio de la historia, con lo cual se libran de juzgar a expensas de sus súbditos y de su propia gloria, los hechos arduos que les acontecen. Cuando ven expuestos a los ojos de los hombres hasta los más ocultos vicios de los príncipes, a pesar de las alabanzas que les fueron prodigadas durante su vida, avergüenzase del vano placer que les causa la lisonja y comprenden que la gloria verdadera sólo se compecede con el mérito”²⁴.

Y no olvida Bossuet que el primer destinatario de su obra es el futuro rey de Francia, su discípulo:

“Sabido esto, obtendréis, Señor, verdadero provecho de cualquier parte de la historia antigua que leáis. No pasará hecho alguno, cuyas consecuencias no advirtáis: admiraréis la sabiduría de Dios en todo lo referente a la Religión; y veréis cómo se encadenan los acontecimientos humanos, de los que deduciréis cuánta reflexión y prudencia son necesarias para gobernarlos bien”²⁵.

Estos trozos, extraídos del prólogo de los *Discursos* que él titula: *A Monseñor el Delfín*, muestran claramente la intención pedagógica pragmática que Bossuet asigna a la historia, a la realmente útil: a la historia inteligida a través de los designios de la Providencia. Pero para que la historia logre esos fines debe ser

22. ORTEGA, EZEQUIEL CESAR, op. cit., p. 160.

23. BAUMANN, EMILIO, *Bossuet*, traducción de Néstor Mermot, Buenos Aires, Editorial Ex-celsa, 1946, p. 60.

24. BOSSUET, J. B., *Discurso sobre la Historia Universal*, versión castellana de D. L. de Castro y Valle, París, Casa Editora Garnier Hermanos.

25. *Ibidem*, p. 5.

enfocada, además, con un criterio universalista. También en esto su actitud histórica es coherente con los principios fundamentales que informaron al pensamiento del medioevo cristiano. En la misma parte de la obra trae una aguda distinción entre historias particulares y la historia captada en su universalidad:

“Semejante modo de escribir la historia universal, comparándola con las de cada país y cada pueblo, es lo que un mapa general respecto al mapa particular de una región determinada: hállanse en éste los pormenores todos de un reino o de una provincia, sirve el primero para saber cómo ha de situarse cada parte del mundo; por donde se adquiere claro conocimiento del papel que desempeñan París o la Isla de Francia en nuestro reino, del que representa el reino en Europa y de cómo figura Europa en el resto del universo. Por modo idéntico las historias particulares muestran la sucesión de acontecimientos ocurridos en un pueblo con todos sus pormenores; mas para comprenderlo bien todo, es preciso saber la relación que tiene la historia de un pueblo con la de los otros, lo cual se obtiene por medio de un compendio, en el que se abarca de una ojeada la serie entera de los tiempos”²⁶.

Para Bossuet, como para San Agustín, es Dios quien con su providencia rige los hechos de los hombres y, por lo tanto, el curso de la historia. Todo cuanto en ella ocurre responde al plan que Dios previamente le ha trazado. En lo esencial hay, pues, una coincidencia total entre ambos autores. Esto puede hacernos creer que el *Discurso* es una repetición en todo caso actualizada de la *Civitas Dei*.

Sin embargo, como señala Dujovne, “si bien la filosofía de la historia contenida en el *Discurso* es similar a la de la *Ciudad de Dios*, su desarrollo es inconfundiblemente original de Bossuet”²⁷.

Croce ha establecido diferencias importantes entre una y otra obra y dice que el *Discurso* de Bossuet “representa la concepción agustiniana, pero podada, templada y modernizada, sin el dualismo inconciliable de las dos ciudades y sin el Imperio Romano como último y duradero imperio, y deja actuar junto a la interacción divina las causas naturales dispuestas de antemano por Dios y reguladas por leyes, y concede una parte importante a las condiciones sociales y políticas de los diversos pueblos”²⁸.

Para Löwith, “comparado con la *Civitas Dei* agustiniana, el *Discurso* de Bossuet revela un mayor sentido histórico del esplendor de la historia política, y un mayor interés en la sucesión pragmática de causas y efectos”²⁹. Señala luego que más que San Agustín se empeña en hacer la historia de la Iglesia triunfante por lo que se lo puede comparar con Eusebio de Cesárea. Y es que Eusebio, como también Bossuet, aplican los fundamentos del pensamiento histórico agustiniano en investigaciones históricas concretas. No hay duda que ambos son más historia-

26. BOSSUET, op. cit., pp. 2 y 3.

27. DUJOVNE, LEON, *La filosofía de la historia desde el Renacimiento hasta el siglo XVIII*, Buenos Aires, Galatea, 1959, p. 72.

28. CROCE, BENEDETTO, *Teoría e historia de la historiografía*, traducción de Eduardo Prieto, Buenos Aires, Edit. Esequela, 1955, p. 203.

29. LOWITH, KARL, *El sentido de la historia*, traducción de Justo Fernández Buján, Madrid, Aguilar, 1958, pp. 199-200.

dores que San Agustín, con la ventaja, además, para Bossuet, de que puede aprovechar la experiencia de doce siglos de investigaciones historiográficas.

No hay dudas pues, de que si bien en lo que hace a la filosofía de la historia es Bossuet subsidiario de San Agustín, no ocurre lo mismo en cuanto al trabajo historiográfico. Bossuet es mucho más historiador que San Agustín. No olvidemos que el aspecto estrictamente histórico es el menos importante y más vulnerable de la *Ciudad de Dios*. Bossuet aplicará los principios agustinianos en un gran intento de síntesis histórica que abarcará la sucesión de los tiempos desde la creación hasta el surgimiento de Carlo Magno. Ya hemos dicho, al hablar de la *Política*, que Bossuet considera a la monarquía francesa como heredera del Imperio Carolingio y a éste, como conectado directamente con el Imperio Romano de Occidente.

Bossuet no intentará hacer una mera historia secular, no le importan solamente los hechos políticos y militares. Le interesan sí, pero conectados con los hechos de la historia religiosa. Historia sagrada e historia profana se entrelazan, se conectan y adquieren sentido una en relación con la otra. Son los dos aspectos inseparables de la historia en Bossuet, los cuales tratará a través de la evolución de la Iglesia y la religión por un lado, y la de los imperios por el otro:

“Debéis grabar en vuestra memoria la marcha de ambas instituciones, la de la Religión y la de los Imperios. Y como la Religión y el gobierno político son los dos ejes sobre los que giran los acontecimientos humanos, ver lo que a ellos se refiere en un resumen y descubrir por este medio su orden y sucesión, es abarcar en su íntimo sentido cuanto existe de grande entre los hombres, y posee, por decirlo así, el hilo de los acontecimientos todos del universo”³⁰.

Si bien ambas historias, la sagrada y la profana se cruzan y complementan, Bossuet, consciente de su misión de historiador, no ignora que muchos de sus aspectos deberán ser tomados en forma separada para lograr una mayor comprensión de los mismos:

“El objeto verdadero de este compendio no estriba en explicaros el orden de los tiempos, aún cuando sea menester conocerlo para enlazar entre sí los hechos históricos y presentar sus mutuas relaciones; mi principal fin consiste, Monseñor, en someter a vuestra consideración en el orden de los tiempos la sucesión del pueblo de Dios y la de los grandes Imperios. Ambas cosas marchan a la par con el grandioso movimiento de los siglos, dentro de los cuales recorren, por decirlo así, idéntico curso; no obstante, es indispensable, para comprenderlas bien, separarlas de vez en cuando una de otra y examinar en especial lo que respectivamente les atañe”³¹.

Bossuet estructura su *Discurso* dividiéndolo en tres partes. En la primera, *Las épocas*, realiza una especie de tabla cronológica de los acontecimientos tanto sagrados como profanos sin distinción, agrupándolos en doce épocas. Retoma el criterio de configuración histórica basado en las edades bíblicas, a las que su personal criterio de historiador le hacen agregar otras.

30. BOSSUET op. cit., p. 3.

31. *Ibidem*, p. 123.

"Época viene de una voz griega que significa detenerse o pararse, puesto que en realidad se hace allí alto a fin de ver, como desde un sitio de descanso, todo lo ocurrido antes o después, y evitar por este medio los anacronismos o sea el error que consiste en la confusión de los tiempos.

Conviene ante todo fijarse en un corto número de épocas, por ejemplo en las de la historia antigua: Adán o la Creación.

Noé o el Diluvio.

La vocación de Abraham o el principio de la alianza de Dios con los hombres.

Moisés o la ley escrita.

Toma de Troya.

Salomón o la fundación del Templo.

Rómulo o la fundación de Roma.

Ciro o el pueblo de Dios libertado del cautiverio de Babilonia.

Escipión o Cartago vencida.

Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo.

Constantino o la paz de la Iglesia.

Carlo Magno o el establecimiento del nuevo Imperio"³².

La segunda parte del *Discurso*, titulada por Bossuet *La continuidad de la religión*, está obviamente dedicada a presentar la historia de la Religión cristiana, de su Iglesia y del pueblo de Dios, a la que da enorme importancia:

"La religión y la continuación del pueblo de Dios son consideradas de este modo, el objeto más grande y más útil de cuantos pueden proponer a la atención de los hombres"³³.

La historia sagrada es centrada por Bossuet en torno al pueblo judío, al que asigna un valor particular por ser el depositario de la revelación. A través de esa revelación, Dios establece una relación directa con el pueblo que ha elegido especialmente. La historia de los judíos es, como señala Löwith, "la más obvia manifestación de la Divina Providencia en los acontecimientos de la historia de una nación"³⁴. La relación de los otros pueblos con Dios, será indirecta, siempre a través de sus conexiones con el pueblo de Israel, hasta que la llegada de Cristo los hace participar de la revelación.

"Difícilmente puede concebirse acto más digno de Dios que el de haber elegido primero un pueblo que fuese palpable ejemplo de su providencia eterna, un pueblo cuya buena o mala suerte dependiese de su piedad, y cuyo estado fuese vivo testimonio de la sabiduría y justicia del Señor que lo gobernaba. Por aquí empezó Dios su obra, manifestándola en el pueblo judío; pero después de haber establecido por medio de tantas pruebas sensibles este fundamento inmutable, el único que dirige según su voluntad todos los acontecimientos de la vida presente, había llegado la ocasión de elevar a los hombres a más altas esferas, enviando a nuestro Señor Jesucristo, a quien le estaba reservado descubrir al nuevo pueblo, formado con todos los pueblos del mundo, los secretos de la vida futura. Con facilidad podréis seguir la historia de ambos pueblos y observar cómo

32. BOSSUET, op. cit., pp. 3-4.

33. *Ibidem*, p. 125.

34. LOWITH, KARL, op. cit., p. 201.

Jesucristo constituye el lazo de unión de uno y otro, puesto que, ora en los tiempos en que se esperaba su venida, ora en los que realizó su promesa siempre ha sido el consuelo y la esperanza de los hijos de Dios"³⁵.

Para la elaboración de esta parte de su obra, Bossuet no desdeña el uso de las más diversas fuentes: autores judíos, como Flavio Josefo; cristianos, como Orígenes, Tertuliano, Eusebio de Cesárea; e incluso paganos como Suetonio, Plinio, Tito Livio y Tácito. Sin embargo, los testimonios son más a menudo extraídos de las *Sagradas Escrituras*, para las que reivindica un gran valor histórico:

"¿Puede darse testimonio más poderoso de su verdad que el hecho de que en tiempos durante los cuales las historias profanas sólo nos narraban fabulas, o a lo más hechos confusos y medio olvidados, la Sagrada Escritura o sea el libro sin disputa más antiguo que existe en el mundo, nos lleve por medio de sucesos precisos y por la sucesión misma de las cosas al verdadero principio de unas y otras, es decir, a Dios que lo ha creado todo, marcándonos distintamente la creación del universo, la del hombre en particular, la felicidad de su estado primitivo, las causas de sus miserias y fragilidades, la corrupción de mundo con el diluvio que siguió a ella, el origen de las artes y las naciones, la distribución de las tierras, y la propagación, en fin, del género humano, aparte de otros hechos de no menor importancia y de los cuales sólo confusamente hablan las historias humanas, forzándonos a tener que buscar en otra parte manantiales más seguros?"³⁶.

La tercera parte es la dedicada al estudio de los imperios, o sea a la historia estrictamente humana. El providencialismo de Bossuet no le impide, al hacer el itinerario histórico de los diferentes pueblos, buscar las causas "segundas" que han motivado los hechos. Lo hace con verdadero criterio de historiador, pero sin dejar de reconocer siempre un trasfondo divino que establece el encadenamiento de causas y hechos para que todo lo que acontece responda a sus designios.

En definitiva, todo lo que ocurre en el plano puramente humano, todo lo que acontece en la historia profana sirve a la religión, a su triunfo y a la conservación del pueblo de Dios. Hay pues, en el plan divino, una subordinación de lo humano en favor del triunfo de la religión. A través del tiempo se verá que la fortaleza y vitalidad de ésta contrasta con la caducidad en que caen los imperios humanos.

Con este criterio, todos los hechos de la historia adquieren una luz especial. A través de ellos se ve la Providencia que manifiesta su voluntad aún en los hechos más aparentemente negativos para el cristianismo.

"Tienen estos Imperios, en primer lugar, enlace íntimo con la historia del pueblo de Dios. Dios se sirvió de los asirios y babilónicos para castigar a su pueblo; de los persas para restablecerlo; de Alejandro y sus primeros sucesores para ejercitar su paciencia; de los romanos para sostener su libertad contra los reves de Siria, ansiosos de destruirlo. Los judíos continuaron bajo la protección de los romanos hasta Jesucristo, y cuando lo menospreciaron y crucificaron, los romanos mismos, sin darse cuenta de ello, fueron instrumento de la venganza divina y exterminaron a aquel ingrato pueblo. Dios,

35. BOSSUET, op. cit., p. 126.

36. *Ibidem*, pp. 126-127.

que había resuelto unir a la vez el pueblo nuevo formándolo de todas las naciones, reunió primero bajo el Imperio de Roma los mares y los continentes. El comercio de pueblos diversísimos, extraños unos a otros y unidos bajo la dominación romana, fue una de los medios más poderosos de que se valió la Providencia para difundir el evangelio. El Imperio Romano persiguió por espacio de trescientos años al nuevo pueblo, que nacía por todas partes en su territorio, pero esta misma persecución conformó a la Iglesia cristiana e hizo brillar su gloria al par de su fe y paciencia. Cedió al fin el Imperio Romano, por haber hallado algo más invencible que él, y admitió pacíficamente en su seno a la Iglesia contra la que había dirigido larga y encarnizada guerra: los emperadores emplearon su poder para lograr que se le prestase obediencia, y Roma se convirtió en la cabeza del Imperio espiritual que le plugo a Jesucristo extender por toda la redondez del universo”³⁷.

Es una historia, la de Bossuet, que si bien debe ser estudiada en sus causas, por medios racionales, sólo llega a inteligirse en su totalidad y en su auténtico sentido, cuando se la ve por medio de la fe. Es imposible que los ojos desprovistos de ella puedan llegar a comprender la historia. Es en esos casos, que suele recurrirse al azar o la fortuna para explicar los altibajos del acontecer histórico; es que “la misma ausencia de señales visibles de la Provincia en la historia del mundo evoca y prueba la necesidad de la fe en las cosas que vemos. La fe no descansa en la certeza objetiva o en un cincuenta por ciento de probabilidades, sino más bien en la ausencia de éstas. Significa adscripción y riesgo, valor e impaciencia. Constituye una creencia en lo que de otro modo resulta increíble”³⁸.

“Así reina Dios sobre los pueblos. No invoquemos al azar ni a la fortuna o hablemos de ellos como de nombres con los que pretendemos ocultar nuestra ignorancia. Lo que parece debido al azar en nuestras inciertas resoluciones, es concertado designio en un consejo más alto, es decir, en el eterno consejo que encierra en sí todas las causas y todos los efectos en mismo orden. De esta manera todo conspira a un mismo fin, y sólo por no comprenderlo todo, vemos al azar o a la irregularidad en los sucesos particulares”³⁹.

Aplicando estos conceptos arriba señalados, hará Bossuet el estudio de los pueblos de la antigüedad: escitas, etíopes, egipcios, medos y persas, griegos, para dedicarse luego más extensamente de los romanos. Desde el punto de vista del interés historiográfico, merece destacarse el capítulo dedicado a Egipto. Realiza allí una estupenda pintura de un pueblo y de su espíritu. Sin caer en una pesada y fría enumeración de hechos y datos, cala en la idiosincracia de los egipcios a través del análisis de sus leyes, costumbres, religión e instituciones.

Si bien no simpatiza mucho con los griegos, como dice Calvet, “los comprenden”⁴⁰, valora la importancia de la cultura y la educación griegas que forjaron un hombre y un estado de raras virtudes. Interpreta muy bien la oposición entre Es-

37. BOSSUET, op. cit., pp. 355-356.

38. LOWITH, KARL, op. cit., p. 205.

39. BOSSUET, op. cit., p. 446.

40. CALVET, J., Bossuet: Oeuvres choisies, Paris, Librairie A. Hatier, 1941, p. 306.

parta y Atenas, y muestra, además, una gran capacidad de penetración psicológica en la pintura de personajes, tal el caso de Alejandro.

Al llegar a los romanos, se mueve en terreno cómodo y conocido. Hace una clara síntesis de la evolución del estado romano. Es elogiable, tratándose de un autor providencialista, su capacidad para encontrar las causas de los hechos políticos, relacionarlos con las acciones militares y de conquista, y trazar, al mismo tiempo, una semblanza de las virtudes públicas y privadas de los romanos.

Su seriedad y honestidad de historiador se ven en el manejo de fuentes de diversas épocas que constantemente cita. Así como se deleitó con la lectura de los padres de la Iglesia —preferentemente San Agustín, San Pablo y Eusebio— no fue mucho menor su interés por los clásicos de la época pagana, u obras de sectores ajenos a la Iglesia. Por ello no deben sorprendernos sus citas de Plutarco, Heródoto, Tucídides, Jenofonte, Polibio, Suetonio, César, Tito Livio y Tácito, y, en lo premedieval, de Gregorio de Tours, Casiodoro, San Isidoro, Fredegardo o Eginardo.

Pero, sin embargo, la fuente principal siguen siendo siempre los textos sagrados. Y, aún en la selección de fuentes paganas, trata de recurrir a aquéllas que estén más acordes con las Escrituras. Es éste, uno de los aspectos que más se le han criticado. El mismo justifica así su predilección por Jenofonte:

“Me ha movido a hacer esta elección la circunstancia de ofrecer la historia de Jenofonte, más seguida y más verosímil en sí misma, la ventaja de hallarse más conforme con la Sagrada Escritura; la cual por su antigüedad y por las relaciones del pueblo judío con los de Oriente, debería ser preferida a todas las historias griegas aún cuando se ignorase que ha sido dictada por el Espíritu Santo. Lo que acerca de las tres primeras monarquías escribieron los griegos pareció dudoso a sus propios sabios: Platón por boca de los sacerdotes de Egipto, nos dice que los griegos desconocían por completo las antigüedades y Aristóteles pone entre los narradores de fábulas a los que escribieron las Asiriacas. Los griegos escribieron más tarde y, descosos de entretener a Grecia, siempre curiosa, por medio de historias antiguas, las compusieron sobre confusas memorias atentos únicamente a darles un carácter agradable, antes que a asegurarse de su verdad”⁴¹.

Nos interesa ahora analizar algunos juicios que el Discurso de Bossuet, último gran intento de realizar una interpretación cristiana de la historia, ha merecido. Voltaire, máximo representante de la historiografía iluminista del siglo XVIII, escribió su Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones para refutar y continuar la obra de Bossuet. Ataca, sobre todo, la interpretación providencialista, tan ajena al espíritu de los ilustrados y no justifica la importancia que al papel de los judíos en la historia, asigna Bossuet: “El ilustre Bossuet, que en su Discurso sobre una parte de la historia universal captó su verdadero espíritu, al menos en lo que dice del Imperio Romano, se detuvo en Carlomagno... este elocuente escritor, al decir unas palabras de los árabes, que fundaron un imperio tan poderoso y una religión tan floreciente, habla de ellos como de un diluvio de bárbaros. Parece haber escrito únicamente para insinuar que todo ha sido hecho en el mundo por la nación

41. BOSSUET, op. cit., p. 34.

judía: que si Dios entregó el imperio del Asia a los babilonios, fue para castigar a los judíos; que si Dios hizo reinar a Ciro, fue para vengarles; que si Dios hundió a los romanos, fue nuevamente para castigarlos. Es posible, pero las grandezas de Ciro y de los romanos tienen también otras causas y el propio Bossuet no las ha omitido al hablar del espíritu de las naciones”⁴².

Pero, a pesar de las divergencias tan marcadas en lo que hace a la visión de la historia que cada uno tiene, Voltaire hace justicia a Bossuet y reconoce auténticos valores en su obra: “Aplicó Bossuet el arte oratorio a la historia... Su *discurso sobre la historia universal*, escrito para la educación del Delfín, no ha tenido modelo ni imitadores, aunque el sistema adoptado por él para sincronizar la cronología de los judíos con la de las demás naciones ha encontrado sabios que la contradigan; su estilo le ha ganado tan solo admiradores. Causó asombro esa fuerza majestuosa con la que describe las costumbres, el gobierno, el crecimiento y la caída de los grandes imperios, y esos rasgos rápidos de una verdad enérgica con los que pinta y juzga a las naciones”⁴³.

El juicio que la obra de Bossuet merece al historiador de la historiografía, Fueter, es francamente negativo, al punto de negarle todo tipo de valor: “La obra de Bossuet no es ni notable ni original... sigue el principio de los anales; los hechos están ordenados tan desmañada y confusamente como en las *Enéadas*... además tiene prevenciones teológicas. Juzga las fuentes de la historia profana comparándolas con la tradición eclesiástica y da la preferencia a la versión que corresponde mejor con la Biblia”⁴⁴.

Ya hemos señalado antes, esta limitación que indica Fueter. En cuanto a la crítica que hace al sistema cronológico que usa Bossuet, podemos decir que en el siglo XVII no existía aún una cronología elaborada y segura con respecto a toda la antigüedad. Sería pues, una limitación propia de su época.

Cassirer, hace una crítica similar a la de Fueter, aunque no deja de reconocer el valor de la obra como modelo en su tipo. Señala que ofrece Bossuet en su *Discurso* “un plan de conjunto de la historia, sublime en su género, una interpretación religiosa universal de su sentido. Pero este atrevido edificio descansa sobre débiles cimientos si consideramos las bases empíricas, los puros hechos en que se apoya; por que su verdad se asegura mediante un círculo vicioso. Toda la autoridad de los hechos de lo efectivamente histórico, se funda para Bossuet, en la autoridad literal de la Iglesia, y con ella, de la tradición”⁴⁵.

Ezequiel César Ortega, frente a críticas similares, reivindica a Bossuet historiador e indica que, en general, quienes han visto en su obra sólo aspectos negativos, no han llegado a pesar “su equilibrio, a veces sorprendente, entre lo providencial trascendente y lo immanente, su utilización lógica de una interpretación que —salvo variantes— continuó impugnando la historiografía y la filosofía de la historia, su captación de ciertas realidades, como la egipcia, la griega y la romana, que inspi-

42. VOLTAIRE, *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*; traducción de Hernán Rodríguez, Buenos Aires, Hachette, 1959, pp. 171-172.

43. VOLTAIRE, *El siglo de Luis XIV*, México, Fondo de Cultura Económica, 1954, p. 383.

44. FUETER, ED., *Historia de la historiografía moderna*, T. I, Buenos Aires, Nova, 1950, p. 317.

45. CASSIRER, E., *Filosofía de la Ilustración*, traducción de Eugenio Imaz, México, Fondo de Cultura Económica, 1950, p. 231.

rara a Montesquieu y a muchos historiadores modernos; la apreciación de las costumbres, las instituciones, los monumentos de los pueblos”⁴⁶.

Calvet⁴⁷, nos trae tres juicios diferentes que el *Discurso* ha suscitado: para Taine se trata de una obra pedagógica, un manual escrito para un niño, y como tal, tiene todas las limitaciones de un libro de enseñanza; Strowski le asigna un carácter fundamentalmente apologético y Augusto Comte, finalmente, piensa que es el primer ensayo importante de síntesis histórica. Es evidente, que estas tres opiniones, no son inconciliables ya que el *Discurso* es a la vez un manual, una obra apologética y un libro de historia universal.

En general, lo que más se ha criticado a Bossuet, es el conjunto de presupuestos teológicos con los que interpreta la historia. No se le critica el tratamiento del material histórico, sino su peculiar manera de interpretarlos. Pero al respecto, pensamos como Calvet que: “Nada más legítimo que pretender escribir la historia para demostrar una tesis filosófica o religiosa. Para conservar todos sus derechos al título de historiador, es suficiente no falsear los hechos al tomar partido, y nadie acusa a Bossuet de haberlo hecho. Esta actitud es legítima porque la explicación de los acontecimientos históricos por sus causas políticas, económicas o sociales no agotan a esos hechos... el historiador puede interpretarlos a través de la filosofía o la teología, con sus riesgos y peligros”⁴⁸.

V — La historia de las variaciones de las iglesias protestantes

La segunda gran obra histórica de Bossuet es esta historia de la Reforma, a través de las diferentes variaciones que ha sufrido durante su evolución. Fueter, tan remiso a reconocer valores en la obra de Bossuet, considera que es ésta de “mayor valor historiográfico” que el *Discurso*⁴⁹. Forma parte, en realidad, este trabajo, de la controversia que mantuvo Bossuet en forma permanente, con los protestantes y de sus luchas para lograr que volvieran a unificarse todos, bajo la autoridad de la Iglesia Católica. Es en realidad, la *Historia de las Variaciones*, un hito dentro de esa polémica, en el que apela a la historia. “Controversia con forma de historia” sería quizás el nombre que cabría a este género utilizado por Bossuet.

El objetivo es siempre claro y manifiesto: necesidad de que los protestantes vuelvan a adherirse a la Iglesia única. Pero para ello, es preciso que sepan que, a pesar de que ellos pretenden que la Iglesia Católica ha variado, esto no es así. Por el contrario, frente a la unidad e inmutabilidad católicas, los protestantes han ido constantemente diversificándose:

“Si los protestantes supieran a fondo cómo se formó su religión, si supieran con cuánta inconstancia han sido redactadas sus profesiones de fe, y las variaciones que han sufrido, de qué modo se han separado primeramente de nosotros, y después unos de otros entre sí mismos; las sutilezas, rodeos y equívocos que han empleado para remediar sus divisiones, y reunir los miembros desunidos y esparcidos de su Reforma; no les contentaría seguramente esta Reforma de que tanto se glorian; antes bien, si he de decir fran-

46. ORTEGA, E. C., op. cit., pp. 165-166.

47. CALVET, op. cit., p. 305.

48. Ibidem, p. 306.

49. FUETER, ED., op. cit., p. 293.

camente lo que siento, no le inspiraría sino desprecio. Estas variaciones, sutilezas, equívocos y artificios me propongo, pues, referir en la presente Historia; y para que esta relación les sea más útil, es necesario asentar algunos principios, en que no pueden menos que convenir los protestantes, y que el curso de la relación, una vez empeñada, no permitiría exponer”⁵⁰.

Es necesario, pues, para Bossuet, destruir el error protestante. La prueba más fehaciente de su falsedad se halla justamente en la falta de unidad y solidez; en las grandes variaciones que su doctrina ha sufrido y en las divisiones que han surgido debido a ellas. Variación, cambio, es para Bossuet, sinónimo de falsedad:

“Cuando entre los cristianos se han visto variaciones en la exposición de la fe, siempre se las ha mirado como una señal de falsedad e inconsecuencia en la doctrina que se expone. La fe habla sencillamente: el Espíritu Santo derrama luces puras, y la verdad que enseña, conserva siempre un lenguaje uniforme... Por esta razón todo lo que lleva a alguna variación en la doctrina, todo lo que se expresa con términos ambiguos y dudosos, se ha tenido siempre por sospechoso, y no solamente fraudulento, sino también absolutamente falso; porque manifiesta un embarazo y dificultad que la verdad no conoce”⁵¹.

Si las variaciones y disidencias son el principal síntoma de la falsedad, qué triste espectáculo presentan ante Bossuet los protestantes, con las numerosas sectas en que se han dividido! Frente a ellos se yergue majestuosa la Iglesia Católica, única, invariable, sólida, por la inmutabilidad de sus principios y doctrina.

“Pero al mismo tiempo que las herejías, siempre variables, no concuerdan entre sí, e introducen continuamente nuevas reglas, esto es, nuevos símbolos; en la Iglesia la regla de la fe es inmutable, y nunca se reforma en lo más mínimo, dice Tertuliano: lo cual consiste en que la Iglesia, que hace profesión de no decir ni enseñar sino lo que ha recibido, jamás varía; y al contrario, la herejía que ha empezado por innovar, no muda de naturaleza, y prosigue innovando siempre”⁵².

Lo esencial en el razonamiento de Bossuet es que la Iglesia Católica, que es la depositaria de la fe, no ha cambiado, y por lo tanto, su doctrina es la verdadera. Y esto es así pues ella está inmunizada contra el error por ser infalible. Si bien las *Sagradas Escrituras* constituyen la fuente de las creencias, ellas deben ser interpretadas “por una Iglesia infalible, de lo contrario, pronto tendremos sobre los asuntos de la fe, tantas opiniones diversas como doctores”⁵³.

Los protestantes, por el contrario, pese a sus intentos, no logran constituirse en Iglesia y están en una situación de constante cambio. Es que las herejías en que se sustentan son obras humanas, obras de sus hombres; la infalibilidad de la Iglesia, en cambio, garantiza la permanencia invariable de su verdad, que no es ninguna creación humana sino divina.

50. BOSSUET, J. B., *Historia de las variaciones de las Iglesias protestantes*, Bs. As., Editorial Difusión, 1945, p. 9.

51. *Ibidem*, pp. 9-10.

52. *Ibidem*, p. 10.

53. CALVET, op. cit., p. 414.

“Dos cosas causan este desorden en las herejías; la una procede de la índole del espíritu humano, que si se deja llevar una vez del atractivo de la novedad, no cesa de buscar con apetito desordenado esta engañosa dulzura; y la otra proviene de la diferencia que hay entre lo que Dios hace y lo que hacen los hombres. La verdad católica, como que viene de Dios, es perfecta desde luego: la herejía débil producción del espíritu humano, es una obra que no puede hacerse sino por piezas mal unidas”⁵⁴.

Bossuet sale a la palestra en su lucha con los protestantes, con esta *Historia* en la mano. Con ella quiere demostrarles su error. No se trata de una obra de investigación histórica desinteresada. Es, por el contrario, la historia al servicio de una tesis teológica; un instrumento para la polémica en la que él, de antemano, tiene partido tomado. Así lo confiesa en su obra, pero lo hace totalmente convencido, además, de la veracidad de su contenido:

“Por lo demás en cuanto al fondo de las cosas, todo el mundo sabe cuál es mi creencia; yo soy católico tan sumiso como el primero a las decisiones de la Iglesia, y con tal disposición, que nadie teme más que yo preferir sus propios sentimientos al sentimiento universal. Esto por supuesto, querer presentarme neutral e indiferente a título de historiador, o disimular lo que soy cuando nadie lo ignora, sería causar al lector una impresión muy grosera, pero con esta sincera confesión, aseguro a los protestantes que no pueden dejar de darme crédito, y que jamás leerán una historia, sea la que quiera, más verídica e indudable que ésta, porque todo cuanto diga contra sus autores y sus iglesias, nada refiero que no esté probado claramente por su propio testimonio”⁵⁵.

La última parte del trozo anterior, nos da la pista para descubrir el método que Bossuet usa para demostrar que las reformas son erróneas. Ya ha declarado él que quiere demostrar una tesis y que no es neutral. Sin embargo, eso no lo exime de tomar “precauciones científicas”⁵⁶; por el contrario, consciente de que su obra sería exhaustivamente analizada y criticada por sus adversarios, buscará sus fundamentos en los testimonios mismos de los protestantes. Esto le dará mayores visos de objetividad. Nada afirma que no esté sacado de los documentos de las Iglesias reformadas y de los escritos de sus dirigentes.

“Estos son los principios sólidos con los cuales me propongo demostrar a los protestantes la falsedad de su doctrina en sus continuas variaciones, y en la inestabilidad con que han explicado sus dogmas, no solamente en particular, sino también en cuerpo de Iglesia, en los libros que ellos llaman simbólicos, es decir, en los que han compuesto para expresar el sentimiento de sus iglesias, en una palabra, en sus propias profesiones de fe, decretadas, firmadas y publicadas por ellos mismos, y cuya doctrina, dice, sólo contiene la pura palabra de Dios, la cual, sin embargo, han variado en los artículos principales”⁵⁷.

Y así, con estos supuestos teológicos y metodológicos, se lanza Bossuet al estudio del proceso de la Reforma. Siguiendo un criterio cronológico, comenzará por

54. BOSSUET, *Historia de las variaciones*, p. 11.

55. *Ibidem*, p. 18.

56. CALVET, op. cit., p. 414.

57. BOSSUET, *Historia de las variaciones*, pp. 11-12.

remontarse a los antecedentes de los reformadores: albigenses, valdenses, Huss y Wicleff, sus doctrinas y sus influencias. El criterio del orden cronológico le sirve para poner en evidencia la mecánica de las variaciones, referidas siempre a circunstancias de tiempos y lugares, y mostrar las diferentes disputas y divergencias que entre los protestantes han surgido.

Sin ignorar las más diversas sectas, su estudio se centra en los que él considera, constituyen los dos cuerpos principales de la Reforma: uno es el de los luteranos, que tienen por regla la Confesión de Augsburgo, y el otro, el de los que siguen las opiniones de Zwinglio y de Calvino.

La necesidad misma, de calar en lo profundo del pensamiento de las iglesias reformadas, hace que Bossuet abandone por algunos momentos el análisis de documentos, actas y confesiones y trate de penetrar en la personalidad de los grandes creadores de esas iglesias. Inevitablemente deberá caer en las grandes personalidades de Lutero, Melancton, Zwinglio, Calvino. Lo hace con gran habilidad, con esa capacidad para pintar personajes, que ya había demostrado en el *Discurso*, pero, sin embargo, no abandona nunca un tono de sobrio respeto por los hombres. No respeta las doctrinas heréticas, pero sí a los hombres equivocados que las han originado. Como dice Fueter: "No usa nunca el recurso de la denigración moral. Ataca a la teología de los reformadores, no sus costumbres... no los ataca, sino a causa de su protestantismo"⁵⁸.

Así como el *Discurso* contenía una fuerte dosis de pragmatismo, servir a la instrucción de los príncipes, así también la *Historia de las variaciones* perseguirá precisos fines útiles. Bossuet, no disimula pues, sus intenciones utilitarias:

"... y sobre todo se conocerá que esta Historia es de un género particular; que debe presentarse con todas sus pruebas, y fortificadas, digámoslo así, por todos lados; y que ha sido preciso aventurarse a hacerla menos divertida, a trueque de hacerla más convincente y más útil"⁵⁹.

Pero en esta obra, el pragmatismo histórico abandona su carácter político. Es otro tipo de utilidad la que se persigue: lograr por medio de la manifestación de sus errores, que los protestantes vuelvan a unirse a la verdadera Iglesia; recurre a la historia para lograr la unidad de los cristianos y que, reconciliados católicos y reformados, la verdad resplandezca "por todas partes como un sol refulgente"⁶⁰.

Es obvio que la *Historia de las variaciones* de Bossuet no logró tales fines. Sin embargo, merece un lugar importante en la historia de la historiografía moderna. Al margen de las intenciones con que la cargó su autor, al margen de su tono polémico y apologético, constituye el primer gran intento de ver, con actitud realmente histórica, un fenómeno religioso en su evolución. Se analizan orígenes, desarrollo y consecuencias, e incluso connotaciones y matices que salen del marco puramente religioso. De esa forma se convierte en un fenómeno de enorme trascendencia en la historia de la cultura universal.

58. FUETER, ED., op. cit., p. 293.

59. BOSSUET, *Historia de las variaciones*, p. 18.

60. *Ibidem*, p. 22.

El *Discurso sobre la historia universal* y la *Historia de las variaciones de las Iglesias protestantes*, constituyen un hecho aislado dentro del complicado marco ideológico y religioso de fines del siglo XVII. Frente a los constantes ataques de racionalistas, jansenistas, quietistas, protestantes y libertinos, es la de Bossuet, la única voz que se alzaría en esos momentos, en una desesperada defensa de los valores religiosos, morales y políticos que, hasta entonces, habían constituido la base y el fundamento de la sociedad cristiana de la Europa occidental.

EDUARDO SEGOVIA